

LIBROS

Nivaria Tejera: «Que cada cual descomponga la escritura como quiera»

La ganadora del Premio Biblioteca Breve 1971, Nivaria Tejera, nació en Cienfuegos (Cuba) hace treinta y nueve años. En 1934, su familia —la madre, cubana; el padre, canario y linotipista— se traslada a Canarias, desde donde asiste a la guerra civil española. Su padre es encarcelado hasta 1944, en que la familia regresa a Cuba.

NIVARIA TEJERA.—La experiencia que para mí representó la guerra puede condensarse en una noción vivísima de lo justo y lo injusto. Comencé a escribir en cuanto alcancé un cierto uso de razón. Mi padre era un intelectual frustrado con todas las de la ley, y él me impulsó, me estimuló. Se daba una circunstancia, y era que él iba perdiendo la memoria, mientras que en mí los recuerdos ganaban nitidez día a día. La escritura se convirtió para mí en la única posibilidad de manifestación de una sensación interior. Así comencé a cobrar confianza y a plantearme hasta dónde podía llegar. Al cumplir los dieciocho años me trasladé de Cienfuegos a La Habana. La Habana es muy pequeña, apenas cuatro esquinas, y en seguida se conoce a todo el mundo. Conocí a Fhayad, a Retamar —éste estaba un poco distanciado, más cercano a Lezama y a la revista *Orígenes*—, a Padilla, a Lisandro, a Cabrera Infante, a Luis Marré —un campesino puro de una inteligencia feroz, a quien diez líneas le exigían una concentración tremenda—. Formábamos la generación más joven, la que descoló con la Revolución. La otra generación era la de Lezama y la revista *Orígenes*, que sólo admitía a aquellos cuya inteli-

gencia alcanzaba las cotas exigidas. En La Habana descubrí a Vallejo y la liberación del lenguaje. A Neruda. De las *Cartas de Rilke* sólo había un ejemplar, y para mí constituyó una revelación. Rilke me estremeció, me cogió, me zandó y me puso en mi sitio. Rilke era el rigor obstinado, como luego descubrí en Mallarmé. Durante los primeros años de la década de los cincuenta me dediqué a interpretar a Lezama. Luego, en mil novecientos cincuenta y cuatro, me fui a París, donde logré que Nadeau me publicara en francés mi primera novela, «El barranco», sobre mi experiencia infantil durante la guerra. Cuando triunfó la Revolución, cogí el primer avión y regresé a Cuba.

mil novecientos sesenta y cinco me di cuenta de que yo ya era sustituible. Y entonces abandoné el cargo para dedicarme a la escritura, que es el único quehacer que verdaderamente me llena.

T.—Y fija su residencia en París. ¿Qué hace allí?

N. T.—Trabajo en el Museo de Historia Natural, en el Departamento de Botánica. Es un empleo que me cedió un amigo, y no es una cosa espléndida: está pensada más bien como una ayuda. Tengo que cubrir quince horas de trabajo semanales como quiera: en una jornada, o en dos o tres. Luego estoy libre para escribir. Yo me pongo a escribir todos los días, aunque luego sólo me salga un par de líneas.



TRIUNFO.—Entre mil novecientos cincuenta y nueve y mil novecientos sesenta y cinco, Nivaria Tejera desempeña el cargo de agregado cultural del Gobierno revolucionario en París y Roma. ¿Por qué abandonó el puesto?

N. T.—Durante aquellos años, mi entrega a la Revolución fue total, como lo requerían las circunstancias. Eché la llave a los libros. No podía coger a Kafka porque me parecía la dispersión. Fueron unos años absolutamente agotadores, en los que había que hacerlo todo y hacerlo bien, responsablemente. Pero en

zarina escenografía de una Cuba prerrevolucionaria.

T.—«Sonámbulo del sol» viene a ser algo así como el contrapunto de «Tres tristes tigres», de Cabrera Infante. Esta era una novela nocturnal y dionisíaca, nostálgica y rebusante de alcohol, mientras que la tuya es absolutamente diurna, diurna de una manera casi implacable.

N. T.—Sí; yo creo que ambas se complementan, forman un libro, en el sentido de que para que existiera lo que Cabrera contaba tenía que darse lo que yo narro.

T.—Sidelfiro, el protagonista, se mueve entre el paro y el pluriempleo, entre un torbellino de imágenes y un estupor abisal; hay momentos en que no comprende nada y relámpagos en que comprende todo y más...

N. T.—El ser humano comprende más de lo que uno se imagina. Un individuo se compone de muchos desconocidos, cuya amalgama se ve configurada y desfigurada por el medio. Y en nuestros países el medio es el sol, las dictaduras, el ambiente social fugacísimo; fugacísimo hasta el ridículo, en el que la juventud se siente desarraigada y muriéndose de hambre.

T.—¿Era esa vuestra situación antes de la Revolución?

N. T.—Sí, y mi novela vendría a ser entonces una especie de investigación antropológica sobre una situación generacional de finales de la dictadura batistiana, inmersa en un subdesarrollo cultural.

T.—Tu experimentalismo, apoyado en elementos poéticos, apunta, al parecer, hacia un tipo de reflexión sobre la escritura, sobre el acto de escribir, similar en ciertos aspectos al de los «telquelistas».

N. T.—Bueno, con respecto a los elementos poéticos te diré que yo encuentro en Kafka mucha poesía. La poesía recorre todas las cosas. Y el hecho de que en mi novela aparezca unas veces en disposición vertical y otras en horizontal obedece únicamente a una cuestión de puro respiro. Con respecto a los «telquelistas», yo estoy de acuerdo en lo de la descomposición de la escritura; ahora, que cada cual la descomponga como quiera. ■ E. CH.

Antonio Rabinad o la vida furtiva

A «... los amores furtivos de los hombres» se refería el gran Catulo en sus mensajes poéticos a Lesbía. El adjetivo furtivo es muy completito y, sin embargo, ha dormido en el fondo de nuestra memoria literaria sin demasiado empleo. En los años cincuenta, la aparición de «Los contactos furtivos», de Antonio Rabinad, indicaba, ya desde el título, una manera poco al uso de manipular la realidad literaria. Este libro se escribió hace veinte años, cuando Antonio Rabinad sólo tenía veinticuatro. Ganó entonces el Premio Interralés, patrocinado por aquel coloso circunstancial que fue el editor Janés. No se publicó hasta 1956, y la novela apenas trascendió del reducido círculo de los alumnos de la Escuela de Periodismo de Barcelona, por el hecho de que Rabinad había pasado fugazmente por sus aulas. Lef en 1958 «Los contactos furtivos»; me pareció una obra de importancia no menor a la que empezaba a darse en los grupos de novelistas críticos de Madrid y Barcelona. Pero Rabinad no entró en el pequeño Olimpo; emigró a Latinoamérica y volvió hace pocos años. Desde entonces ha publicado un par de libros en Seix y Barral, y ahora se ha decidido a reeditar «Los contactos furtivos» estilísticamente muy remozada. Trece años después de la primera lectura no varía el juicio. Estamos ante un libro que debió ser importante, y si no lo fue sólo cabe atribuirlo a la anomalía perpetua de la gestión literaria española. Rabinad es un gran retratista del «temple existencial» de nuestra posguerra. No esculpe bajo relieves tremendistas como el Cela de «La colmena». Desde el fondo del pozo de aquella España trágica, precaria, furtiva, acorjonada, agarrada, Rabinad plasma un tiempo vivencial, medido a través de la semiinvalidez física del profesor Doriac o a través de la semiinvalidez espiritual del chupatintas Rodell. Desde la estructura básica de un barrio barcelonés al borde de la «otra» Barcelona que crecía al ritmo de las oleadas de inmigrantes, los